

La espiritualidad una forma de ser y de vivir

Por el

Padre Gabriel Antonio Mejía Montoya

Presidente de la Federación Latinoamericana de Comunidades Terapéuticas (FLACT).

Descriptor: comunidades terapéuticas, drogas, espiritualidad, juventud.

El fenómeno de la droga es un mal particularmente grave. Numerosos jóvenes y adultos han muerto o van a morir por causa de ella. Mientras que otros se hayan disminuidos en su ser íntimo y en sus capacidades.

El recurso de la droga entre los jóvenes tiene múltiples significados. Es el síntoma de un malestar existencial, de una dificultad para encontrar su lugar en la sociedad. De un miedo al futuro y de una fuga hacia una vida ilusoria y ficticia.

El tiempo de la juventud es un tiempo de prueba e interrogantes, de búsqueda de sentido para la vida y de opciones que comprometen el futuro. El incremento del mercado y del consumo de drogas, demuestra que vivimos en un mundo sin esperanzas, carente de propuestas humanas y espirituales vigorosas.

La droga es un camino de autodestrucción. El miedo al futuro y al compromiso en la vida adulta que se observa entre los jóvenes, los hace particularmente frágiles. Las comunidades terapéuticas perciben entre estos jóvenes un grito y una petición de ayuda y una profunda sed de vida. Para eso estamos: para ser acompañantes de los muchachos. Demasiados jóvenes están abandonados a su suerte y no se benefician de una presencia atenta, de un hogar estable, de una escolaridad normal; y también de un ambiente socioeducativo que los impulse a hacer un esfuerzo intelectual y moral y les ayude a forjar su voluntad y a controlar su afectividad.

Con las familias tenemos que ayudar a nuestros jóvenes. Así crearán las mejores condiciones para una vida serena en su hogar. En el proceso de reinmersión las familias tienen que ofrecer a sus hijos la seguridad afectiva y la confianza que necesitan para su crecimiento espiritual y psicológico. Los traficantes de la vida de sus hermanos cada día, montan nuevas estrategias para seducir a nuestra sociedad. ¿Cómo podríamos ser jueces -y culpables o inocentes- si siempre hemos sido ignorantes en nuestra condición de adictos?

Huimos del dolor y de la muerte, huimos de nosotros y del vacío, buscando afuera lo que nunca podrá liberarnos. Entonces recurrimos a las ideologías, con todos sus *ismos* y consumismos, entre otros artículos: modos y estilos de vida que nos hacen ir detrás de

los eventos hasta ser sus víctimas. ¿Como ir por el camino del medio, el de nosotros mismos, para rescatar la originalidad de ser únicos?

¿Como rescatar ese sentido de vivir que permita llenar el vacío existencial? Tan difícil por lo sencillo, tan irreplicable por lo personal. Cada quien tiene ya un sentido y es ése sentido trascendente lo que da cuando se da; y es ése sentido trascendente lo que da cuando se da.

Dar es la terapia esencial. El solo sentido universal es dar. El mayor sentido de la vida es dar. Cuando cada quien no sea o bueno o malo, o peor o mejor; sino que simplemente y llanamente sea, se puede dar y no dará ni más ni menos que su vida en cada dar. Conquistar el territorio del amor maduro en el que ya no nos preguntamos que esperamos de la vida y damos a la vida lo que la vida espera de nosotros. Es alcanzar el lugar de la conciencia en el que ya no es posible la dependencia.

La dependencia nace de la confusión del ser con el cuerpo, con el placer o con el poder. Las tres confusiones nos llevan al vacío de sentido.

En la búsqueda de sí, que no es otra cosa que la búsqueda de paz, amor y libertad, los medios pueden ser confundidos con los fines y terminamos viviendo para el cuerpo, el placer o el poder, perdiendo el genuino sentido de vivir que es la misma vida. En algún punto de la evolución quedamos atrapados sin salida en la prisión del placer donde, embriagados por los sentidos, perdemos el sentido.

En lugar de tener para vivir, sacrificamos nuestra vida al tener. Hacemos del placer el sentido de la vida, sin saber que es la vida el sentido del placer. Invertimos la vida en la búsqueda del poder y no advertimos que el poder solo tiene sentido si lo invertimos en la vida. Confundidos los medios con los fines, caemos en el vacío de sentido y tratamos de llenar el vacío de nosotros mismos, la ausencia del ser, con el placer, el tener o el poder; lo cual nos lleva a un vacío aun mayor por que es vacío de nosotros mismos.

Luchamos por un rol en el teatro de la vida, pero olvidamos al hombre detrás del actor. Nos vamos preguntando siempre ¿qué esperamos de la vida? Y nos olvidamos de la pregunta crucial: ¿Qué espera la vida de nosotros? La dependencia es una estrategia del yo que ha perdido su poder interior y busca un soporte externo, aunque en ellos se destruya. Es un sentido artificial que embota los sentidos y nos hace perder de vista un auténtico sentido de vivir.

Las Comunidades Terapéuticas tienen que reflexionar muy seriamente en la propuesta terapéutica que ofrecen a los usuarios de sus programas. Podemos tener muchas terapias y para todos los gustos: Logoterapia, terapias ocupacionales, confrontaciones, etc.; pero si no planteamos una seria propuesta espiritual, es difícil llenar el vacío de los adictos. El adicto necesita entender, durante su proceso, que la espiritualidad es una forma de ser y de vivir; que la espiritualidad se construye en los valores y que, básicamente, la Comunidad Terapéutica se construye en los valores. No hay que tener miedo de hablar de la espiritualidad; ni ésta puede confundirse con religión. El adicto tiene que

comprender que en la vida de cada uno de nosotros hay un instante luminoso. Momento en el cual descubrimos la verdadera esencia de nuestro ser. La verdadera razón de estar aquí, y entonces, nunca más tendremos dudas. El adicto tiene que descubrir que su tratamiento es básicamente un tratamiento de conciencia, desde el alma, y convencerse de que hemos venido desde lo grande a expandir un ser interior de bondad y amor que hay en cada uno de nosotros. Si el adicto logra descubrir en el espacio de la Comunidad Terapéutica, su ser interior, su luz... el talento único que le dio la vida. Si descubre la dimensión del servicio en su vida, entonces ha hecho el mejor proceso. Si aun después de pasar mucho tiempo por la Comunidad Terapéutica no tiene claro esto, algo le falta.

Las Comunidades Terapéuticas, desde sus comienzos, han modificado mucho sus modos de intervención: de instituciones de metodología conductista se ha pasado a las Comunidades Terapéuticas de tipo existencial con modelos de corte humanista, cercano y amoroso. Mi experiencia a lo largo de 20 años de trabajar con Comunidades Terapéuticas, es descubrir que la terapia esencial es el amor; y que solamente a través del amor existente el adicto podrá encontrar el sentido de su vida y la transparencia de su alma.

Y la comprensión será el mejor tratamiento. Antes que señalarlo o juzgarlo, acompañarlo en su dolorosa búsqueda. Y la compañía será la mejor medicina. Los miembros del equipo que integran la Comunidad Terapéutica tenemos que comprender, con mucha claridad, que somos servidores de los muchachos y las muchachas, de los niños y los indigentes que llegan a nuestros programas. No somos sus jueces ni directores autoritarios de sus vidas. Antes que condenarlos, saber que su búsqueda tiene un sentido. Ya la misma búsqueda es un sentido, pues todos nos buscamos. Y cuando el espejo de otros: el padre, el hermano, el amigo, no refleja nuestro rostro humano, buscamos ése rostro en cualquier cosa que nos da la ilusión de trascender el pequeño yo atrapado en el olvido. Nos hacemos dependientes buscando la libertad.

Tenemos que entender, en definitiva, que la Comunidad Terapéutica es un soporte afectivo que nos sostiene. Sobre esa trama nos reconocemos, urdimos nuestra imagen y nos proyectamos al mundo. Es una red elástica de relaciones que nos impulsa hacia arriba y amortigua las caídas. Si esa red es rígida e intolerante, se rompe y caemos en el vacío.

Promovemos Comunidades Terapéuticas que aborden seriamente la espiritualidad como una forma de ser y de vivir, en la cual la tolerancia y el respeto generen respuestas de conciencia en los usuarios de los programas.

Buscamos la libertad. El adicto busca la libertad. Sin amor no existe libertad. Buscamos el amor. El adicto busca el amor. Sin paz no existe el amor. Digamos como Jesús de Nazareth: Mi paz os dejo, mi paz os doy y sin jueces ni culpables, liberemos el medicamento imperial para toda dependencia: el amor. Pongamos ese amor en movimiento a través del servicio. Que las Comunidades Terapéuticas, sean todas amor en movimiento... un sendero de servidores.

Si vemos en los otros la propia miseria y sentimos que no hay tristeza posible en la tierra que no sea la nuestra. Si servimos e ingresamos en esa economía milagrosa de multiplicar dividiendo entre todos; si servimos en nuestras Comunidades Terapéuticas, y trascendemos razones frías para mirar, con la mirada conmovida del amor, la vida. Si comprendemos que servir es renunciar para ganar, morir para vivir, perder para tener, entregarse para liberarse, olvidarse de si. Si entendemos que servir es un viaje a nuestra propia humanidad; cuando escuchamos el dolor inmenso de los adictos, y nos sentimos conmovidos, servimos.

Las Comunidades Terapéuticas y sus equipos profesionales deben plantearse seriamente el trabajo de la trascendencia y la espiritualidad en sus proyectos terapéuticos. Comprender que espiritual es el alma invisible de la creación que atraviesa con su luz aquel corazón que amanece al amor. Que espiritual es la química fantástica que hila con sus enlaces el tejido de la creación y el cerebro humano que teje una vía láctea interior.

Desde el sutil pensamiento que conecta en la total quietud, las mas alejadas esferas, hasta la tierra más densa. Desde la biología más compleja hasta las más humildes bacterias, todas las cosas están hechas con la misma espiritual esencia. Hasta tu angustia tiene en el fondo, el espíritu sagrado de la búsqueda. Nuestros adictos, hijos pródigos que regresan a casa. El hijo pródigo tras la experiencia de la orfandad regresa al paraíso interior y en su corazón encuentra el sendero de regreso al hogar del padre. Toda ida y todo regreso, todo éxito, todo fracaso, encierran una lección. Espiritual es el aprendizaje que ha hecho de la vida una lección. Aprender esa lección, no es llenar de cosas el vacío interior. Aprender es encender la llama del corazón, es disolver con el fuego del amor la coraza que un día nos aisló de la danza del creador. Somos espirituales cuando estamos aprendiendo y aprendemos de veras la lección cuando se enciende en el corazón el fuego de una sabiduría interior. Esa sabiduría es comprensión. Vivir espiritualmente es aprender la lección del amor. Nuestros adictos son enfermos de amor. Y tu, ¿qué has aprendido hoy? Y ¿qué estás esperando? Ahora mismo, si quieres, puedes amar.

Entonces podrás ser lo que eres: espiritual.